



LA ESTÉTICA. POR JUAN DUYOS

La Piquer 2.0 aterriza en España. A saber con cuántas maletas. Me contaba hace poco Mesa, del equipo de diseño de Ágatha Ruiz de la Prada, que les habían llamado los estilistas de Gaga pidiendo looks de su colección dedicada a Dalí y el surrealismo. No sé en qué quedó la historia ni si la veremos cantando *Paparazzi* metida en un vestido-jaula (si es que no lo ha hecho ya), pero es un gesto que prueba dos cosas. Una, que tiene un equipo de rastreadores de estilo más potente que la red de espionaje de Wikileaks. Y dos, que pretende hacer de cada modelón una declaración de principios *arties*. Y, a ser posible, con un componente altamente viralizable. Casi nada en ella es nuevo. El vestido chuleta, por poner un solo ejemplo, fue preconcebido como un *hit* instantáneo garantizado desde Wisconsin hasta Algeciras, pero ya lo había expuesto la artista Jana Sterbak hace más de 20 años. O el videoclip de *Alejandro*, por no irnos demasiado lejos, retaba a Madonna con un sofrito de referencias que iban del expresionismo alemán al cabaret voltaire pasando por Raffaella Carrà. El auténtico triunfo estético de Lady Gaga es haber hecho del *max mix* de alta y baja cultura un producto tan fácil de engullir como un sándwich club.

Juan Duyos es modisto y diseñador de moda desde hace dos décadas. Dirige las marcas Duyos y Fandé Duyos. En este momento trabaja en la colección otoño-invierno, que presentará en febrero en Madrid Cibeles Fashion Week.

LA ARTISTA. POR ALASKA

Por encima de su faceta como cantante, compositora o estilista, está la artista. Lo demás lo puede hacer cualquiera, pero ser artista a lo grande, con todo lo que significa, es lo que distingue a Bowie de Gary Glitter, a los Ramones de Dire Straits, y lo que distingue a Lady Gaga del resto del pop actual. Si es especial, diferente, es porque está detrás de cada cosa que hace, aportando esa mezcla de referencias imposibles. Referencias culturales, estéticas o musicales que siempre tiene en la boca y que son casi abyectas para la gran industria: por eso es realmente rarísimo que este personaje haya llegado con ellas a ser ídolo de masas a estas alturas. Lady Gaga dice o hace las mismas cosas que Marilyn Manson, por ejemplo, pero ella se ha convertido en una estrella global. (Es algo que, debo confesar, me da cierta satisfacción de venganza). Y lo ha hecho rompiendo los ciclos de la industria, que ha acostumbrado a los músicos a exprimir el éxito de cada disco durante años. Cualquiera todavía estaría viviendo de *Poker Face*, en vez de sacar los discos tan seguidos; en agosto de 2008 lanzó *The Fame*, en noviembre de 2009 lo ampliaba con *The Fame Monster*, con ocho nuevas canciones; y ya se ha anunciado para principios de 2011 *Born This Way*. Y, mientras, sus competidoras están todas descolocadas: han sido literalmente empujadas a asumir riesgos que jamás habrían tomado por sí mismas, porque ahora es lo que funciona. ¡Es tan fantástico ver de repente a Christina Aguilera lamiendo un plato de leche a cuatro patas! ¿El futuro de Lady Gaga? Dependerá de su capacidad de asimilarse a sí misma. Igual que está preparada para la sobreexposición mediática, no sabemos si podrá estarlo para la creativa. Cuando tenga su *American Life* (Madonna, 2003) y sobreviva, sabremos realmente qué artista es.

Alaska es cantante de pop desde hace más de 30 años. Su último álbum es *El paso trascendental del vedevli a la astracanda*, en el que repasa los dos décadas de trayectoria de Fengoria.

público? Histérico a más no poder en un acto de comunión y rendición eterna a la diva, autoerigida en Santa Patrona del Colectivo Gay. Algo así es lo que se vivió el pasado martes 7 en un abarrotado Palau Sant Jordi de Barcelona. Decimos «algo así» porque es difícil resumir lo que es un concierto de Lady Gaga: todo exceso y abundancia, un *shock* para los sentidos difícil de parar, entre la hortera, la opereta y el pase de modelitos. ¿La música, se preguntarán? Mejor de lo que suele



ser habitual en los espectáculos de pop de masas. El repertorio está bien

secuenciado, ella canta hasta que se le revienta el diafragma y no engaña con mímica, acaba desfondada y jadeante al final de cada balle e incluso toca el piano en *Speechless*. Nadie la podrá acusar de ser una marioneta, desde luego. Pero, en general, todo es un gran guñfol que hay que tomarse con la justa distancia. En caliente, hay números bombásticos y otros bastante horteras. En frío, el *show* es un digno y

entretenido espectáculo de multitudes con los ingredientes habituales -sexo, *gore*, luz, efectos especiales y vídeo-, en dosis quizá demasiado pasadas de vueltas. Pero, ¿no es Lady Gaga la mujer que siempre impacta por sus excesos estéticos y oratorios? No hay que temer, pues, ir a The Monster Ball Tour si se ama a esta joven mujer. Al fin y al cabo, es una ópera synth-pop hecha a su imagen y semejanza.
TEXTO: JAVIER BLÁNQUEZ
FOTOS: QUIQUE GARCÍA